

JUEGO DE IDENTIDADES

Armando Rodera



Thomas Anderson, un joven científico afincado en Washington, está a punto de culminar una investigación que podría cambiar el curso de la medicina moderna. Un proyecto de más de diez años que supondría el mayor descubrimiento del siglo XXI. Pero su situación anímica y personal no es la más idónea, por lo que aprovecha un congreso médico que se celebra en Las Vegas durante el fin de semana para escapar de la rutina habitual.

Allí se encontrará con Nathan Danniels, antiguo compañero de estudios al que había perdido la pista. Juntos preparan un arriesgado plan que les permitirá a ambos acabar con todos sus problemas. Durante semanas ultimán los preparativos de lo que suponen puede ser la llave de su futuro. Pero el destino, caprichoso, les llevará por unos derroteros que jamás hubieran imaginado.

Anderson se verá entonces envuelto en una trama para la que no está preparado: intrigas empresariales, mafias internacionales, sicarios y asesinos a sueldo, o persecuciones de película en escenarios de medio mundo. Thomas será el peón en un tablero de poder con reglas desconocidas para él, asumiendo a partir de entonces una identidad que no le corresponde si quiere tener alguna oportunidad de reconducir su vida.

El protagonista de esta historia, un antihéroe por excelencia debido a su apocado carácter, tendrá que hacer frente a intensas aventuras en las que recorrerá desde los monumentos de Washington a las ruinas del Foro romano, o desde los rascacielos de Manhattan a las playas de Tenerife. Todo ello, en busca de una utopía que quizás nunca llegue a alcanzar...

JUEGO DE IDENTIDADES

Armando Rodera

DEDICATORIAS

Este libro quiero dedicárselo especialmente a todos los que me han ayudado a trazar una senda que hoy en día transito con paso más firme. Sin vosotros, nada de esto hubiera sido posible.

Una dedicatoria muy especial para todos los amigos y seguidores en redes sociales, así como a los miles de lectores de todo el mundo que al confiar en mi trabajo me permiten seguir escribiendo. Es lo mejor de esta profesión, la interacción autor-lector, una experiencia que nos ayuda a crecer personal y profesionalmente.

Y por supuesto, quiero dedicarle esta novela a Arantza, mi pareja y la persona que da sentido a mi existencia. Su apoyo ha sido fundamental a lo largo de estos años, en todos los aspectos de mi vida, y sin ella nunca hubiera sido capaz de llegar hasta aquí. El oficio de escritor es duro y sacrificado, pero ella no solo lo soporta con estoicismo, sino que participa en mis proyectos de muy diversas maneras: lectora, correctora, maquetadora o ilustradora de las portadas. Algo impagable que nunca será lo suficientemente recompensado. Por ello y por todo lo demás, lo tangible y lo intangible, muchas gracias de nuevo, de corazón.

Capítulo 1

Paradojas del destino

La mañana de mi entierro amaneció radiante. Ni rastro del plomizo cielo que nos había acompañado durante toda la semana en la Costa Este. Mejor así; nunca me han gustado los sepelios donde los familiares y amigos del difunto, cobijados bajo enormes paraguas negros, le despiden en su postrero viaje. El sol lucía con todas sus fuerzas y no parecía querer esconderse, ni dejar que las nubes lloraran mi ausencia.

Desde mi atalaya, situada en el cercano campo de golf de Rock Creek, podía contemplar tranquilamente el lento devenir del cortejo fúnebre. Los dolientes caminaban con paso cansino; acompañaban al féretro con rostros cariacontecidos mientras circulaban por el paseo principal del camposanto, flanqueados por árboles centenarios que ayudaban a mitigar el bochorno reinante de un otoño más caluroso de lo habitual.

Podía incluso distinguir los rostros de los allí presentes gracias a los prismáticos que me había agenciado. Comprobé como la comitiva se acercaba a su destino y los asistentes, respetuosos con la ceremonia, acompañaban al finado en su despedida de este mundo. En cabeza de todos, el reverendo Taylor guiaba a su rebaño, instantes antes de proceder al ritual de cremación en un edificio anexo del complejo.

A esa distancia era inconfundible la melena rubia de la desconsolada viuda. O acaso no tan desconsolada. Atavia-

da con un Armani negro que realzaba su ya de por sí esbelta figura, mi esposa tapaba sus ojos con unas enormes gafas negras estilo años sesenta que impedían distinguir su verdadero estado de ánimo. Diane Clayton lucía tan bella y fría como de costumbre, compitiendo con las estatuas de mármol que jalonaban aquel cementerio.

A su lado se encontraba su padre, el empresario Larry Clayton, intentando consolarla en tan trágico momento. Vestía un impecable traje de corte italiano, de color negro azulado, que le daba un toque más aristocrático de lo habitual. Su poderosa aura, que hacía de él uno de los hombres más influyentes del Distrito de Columbia, no le abandonaba ni siquiera en aquellos momentos. El resto de la familia y amigos les acompañaban en silencio y con gesto abatido, atravesando el camposanto para dirigirse hacia la zona donde se llevaría a cabo la incineración del féretro con los restos mortales del fallecido.

Casi pude leer en los labios las últimas palabras del sacerdote, aunque no me eran difíciles de imaginar.

—Despidamos a nuestro amado Thomas, antes de su viaje hacia un mundo mejor...

Me levanté de mi escondrijo y guardé los prismáticos. No necesitaba ver nada más. El entierro de Thomas Anderson llegaba a su fin y mi presencia allí ya no tenía sentido. Debía continuar con el plan pergeñado a la carrera debido a las adversas circunstancias.

Caminé con paso firme y decidido al abandonar mi posición, dispuesto a afrontar las enormes dificultades que esperaba encontrarme por el camino. No me sería tan fácil desaparecer sin más; solo tendría una oportunidad, y cada minuto transcurrido podía volverse en mi contra.

Ninguno de los presentes en la ceremonia llegaría siquiera a aventurar la realidad de los hechos. Yo, el difunto Thomas Anderson, vivo y coleando a pesar de todo, me disponía a comenzar una nueva vida. Mientras, los dolientes ignoraban la verdad: el cuerpo de un viejo conocido ha-

bía sido incinerado en lugar del mío sin que nadie se percatara del engaño.

Capítulo 2

Paradojas del destino

Todo había comenzado por casualidad unos meses atrás. Mi trabajo como investigador en la puntera Chemical Distributions, una de las empresas más importantes en el ramo de la investigación biomédica tanto en Estados Unidos como a nivel mundial, no me dejaba mucho tiempo libre. Por si fuera poco, mi jefe estaba siempre encima de mí, como si yo tuviera que demostrar más que el resto de científicos. Eso me sucedía por haber entrado en una empresa de índole familiar, con el gran Larry Clayton, mi suegro, como cabeza visible del negocio.

Nuestras investigaciones abarcaban muchos campos dentro del vasto mundo de la medicina y la farmacéutica. Mi grupo de trabajo estaba compuesto por cuatro personas. Llevábamos más de un año de duro sacrificio, involucrados en el estudio de un fármaco para enfermedades respiratorias; sin embargo, en mi cabeza solo había espacio para otro proyecto mucho más arriesgado e innovador. Algo que podía tambalear los cimientos de la sanidad mundial, y catapultarme hacia la fama y el reconocimiento dentro de la comunidad científica, entre otros muchos detalles; la fórmula definitiva que erradicaría por completo uno de los grandes problemas de la sociedad moderna: las enfermedades degenerativas.

Yo era muy joven, acababa de entrar en la empresa, cuando me topé con un estudio publicado en Science sobre los últimos avances en estas enfermedades. Empecé a

investigar por mi cuenta y llegué a unas conclusiones asombrosas. Sabía que era el principio de una dura carrera, un proceso que a la larga podría ofrecer unos frutos extraordinarios. Hablé con Larry y se mostró esquivo, pensando que eran ínfulas de joven investigador, aires de grandeza del que quiere abarcar más de lo que puede. De todos modos abrió una línea de crédito y me permitió investigar en algunos ratos libres, siempre sin perder la perspectiva de lo que realmente importaba dentro de mi trabajo diario en la empresa.

Enseguida mi entusiasmo se vio zarandeado por las circunstancias y asumí que era un reto complicado que demandaba mucho más tiempo, dinero y recursos. Y claro, Larry no estaba por la labor, cortándome el grifo de la financiación y obligándome a renunciar a mi empeño. De todas maneras, yo nunca desestimé los pequeños hitos alcanzados y proseguí con mis estudios siempre que pude.

Poco a poco, después de años de esfuerzo, comencé a ver los primeros resultados destacables después de tan ingente sacrificio. Eso sí, siempre a escondidas de Larry, no quería soliviantarle. Ya había tenido bastante con una bronca monumental al comienzo del proceso, cuando me pilló desprevenido trabajando en algo que se suponía ya estaba olvidado.

En esos momentos, una década después, en mi entorno de trabajo solo se hablaba del estudio sobre enfermedades respiratorias, un proyecto que no me satisfacía lo más mínimo. No se podía comparar aliviar el asma con curar el Alzheimer. De todos modos, Larry nos recalca que se trataba de una labor fundamental para el futuro de la compañía a corto plazo, repitiéndolo a la menor ocasión. En mi caso no sucedía solo en la oficina; Larry aprovechaba cualquier reunión familiar en la que estuviéramos juntos para sacar el tema y agregar algún comentario irónico sobre nuestro más que presumible fracaso y por ende, el de Chemical. La situación rallaba lo insoportable y la paciencia se me iba

agotando poco a poco, sabiendo además que estaba muy cerca de alcanzar la gloria con un descubrimiento fabuloso.

Para colmo de males, mi matrimonio con su hija Diane no atravesaba precisamente una de sus mejores épocas y el panorama no era nada halagüeño. Pueden ustedes entonces comprender el grado de ansiedad al que me veía sometido en aquellos momentos, con presiones terribles durante las veinticuatro horas del día. Siempre he sido un hombre tremendamente paciente, pero todo tiene su límite. Y el mío se acercaba peligrosamente.

En aquellos días surgió de improviso un pequeño bálsamo con el que curar de un plumazo mi angustia existencial en casa y en el trabajo, aunque fuera tan solo por unos días. Me enteré de la celebración de un importante congreso médico en Las Vegas y supe que era mi oportunidad. Podría olvidarme por un fin de semana de mis problemas, hablar con otros colegas sobre temas que me importaban y de paso perder de vista a Larry y su querida hijita, Diane.

Tuve que luchar a brazo partido con Larry para conseguir el añorado permiso y vencer sus reticencias. Al principio me lo denegó, aduciendo problemas diversos, por lo que no me quedaban demasiadas esperanzas. Por eso me sorprendió aún más la conversación del miércoles por la tarde, a escasas horas de la inauguración del congreso.

—Thomas, lo he pensado mejor y si todavía quieres ir a ese congreso, creo que la empresa podrá resistir sin ti un par de días —dijo Larry de modo displicente.

—Gracias, Larry. Ya no me da tiempo a preparar la ponencia que me ofrecieron presentar, es una lástima —contesté con retintín—. De todos modos iré a Las Vegas para participar en las jornadas y seguir formándome profesionalmente.

Salí de allí sin pensármelo dos veces, con un rictus amargo debido a la mínima victoria obtenida. Desconocía los motivos para semejante cambio de actitud del viejo, aun sabiendo que me había hecho daño al arruinar mi po-

nencia en la charla estrella de aquellas jornadas. No importaba, podría escapar de mi mazmorra y respirar aire puro. La ciudad del pecado me esperaba y no volvería a ver las caras de ningún miembro de la familia Clayton hasta el domingo por la noche. O eso esperaba al menos.

De camino a casa para cambiarme y preparar la maleta, llamé a la agencia de viajes con la que solíamos trabajar. Con su diligencia habitual me consiguieron un billete para esa misma noche, a recoger directamente en la terminal. Destino: la ciudad que nunca duerme. Como no me importaba pagarlo de mi bolsillo, —a mi regreso intentaré que la empresa me lo reembolsara como gastos de representación—, elegí viajar en Business. Y puestos a gastar, nada mejor que una magnífica *suite* en el mismo hotel de cinco diamantes donde se celebraba el congreso: el inigualable hotel Bellagio.

—¿Qué haces, Thomas? —me preguntó Diane con gesto ofendido—. ¿Se puede saber dónde vas a estas horas? ¿Y esa maleta? Ahora que caigo, me sorprende verte preparando el equipaje, tú eres un inútil para esas cosas.

—Tu querido padre, cariño —repliqué ignorando la puya—. Ha esperado a última hora para confirmarme la asistencia al evento del año en Las Vegas y tengo que marchar a la carrera; el vuelo sale dentro de dos horas y quiero llegar al aeropuerto con tiempo, sabes el caos que se organiza allí.

—Un momento..., no me habías dicho nada, no puedes irte así y dejarme sola —agregó Diane con ese tonillo suyo que me sacaba de quicio, haciéndose la mártir.

—Sí, recuérdalo, te hablé del congreso hace semanas. Lo único es que el gran jefe no había dado su aprobación. No puedo desaprovechar la oportunidad; estarán las voces más influyentes del panorama sanitario internacional y yo tengo que hacerme oír, tanto a nivel personal como en representación de la empresa. Perdona, tengo que irme...

Con un ligero roce en la mejilla me despedí de Diane, que permaneció incrédula, apoyada en el marco de la puerta. No daba crédito a sus ojos. Imaginé que intentaba averiguar en qué momento el mosquito muerta de su marido, al que creía tener bien amaestrado, había decidido desaparecer cuatro días completos prácticamente sin avisar, y encima para marcharse a Las Vegas. La cara que se le quedó fue el primer pequeño triunfo del fin de semana. A Diane le daba igual si me iba a un congreso médico o lo que fuera. Lo que la reconcomía por dentro es que la dejara allí sola, que me fuera a Las Vegas y además estuviera en disposición de disfrutar del fin de semana sin amargos reproches, quedándose ella en casa.

En el fondo no podía estar satisfecho con nuestra relación, no era un matrimonio sano. Y no sé realmente cuando se acabó la magia de nuestra unión, si es que existió esa magia alguna vez. Cualquiera que nos conociera un poco se daba cuenta enseguida de la situación. Nunca hemos sido una pareja de tortolitos enamorados con pasión, sin embargo guardábamos las formas. Al principio pusimos todo de nuestra parte, intentando obviar los problemas de base, y no funcionó. Sabía que Diane no me amaba pero creí poder alcanzar su respeto y un cariño verdadero, un error de planteamiento por mi parte. De ahí habíamos pasado a casi ni dirigirnos la palabra. Muy triste, pero era la pura realidad.

Recordé entonces algunos de los buenos momentos vividos junto a Diane. Nos habíamos conocido diez años antes, cuando ambos estudiábamos en la famosísima Facultad de Medicina de Johns Hopkins, una de las más importantes del mundo. Un tiempo dejado atrás, muy a mi pesar. Añoraba mi juventud y la inocencia que en aquella época impregnaba nuestras vidas. Ojalá hubiera podido retroceder algunos años, mi vida no se habría convertido en el infierno que me devoraba poco a poco...

Intenté no pensar en aquello que me consumía, dispuesto a disfrutar del fin de semana. Afortunadamente el

tráfico no estaba tan colapsado como de costumbre y pude llegar a tiempo al aeropuerto. Recogí sin novedad el billete en el mostrador de American Airlines y efectué el embarque con bastante puntualidad. Para mi sorpresa aterricé en Las Vegas a una hora razonable; el cambio horario me favoreció, y pude conseguir un taxi con el que dirigirme al hotel enseguida. Con suerte podría descabezar un sueñecito antes del comienzo de las jornadas del jueves por la mañana.

A esas horas, Las Vegas se encontraba en todo su apogeo. Pude contemplar el espectáculo de luz y sonido que hacía famosa a la ciudad en todo el mundo. Un derroche de neón que podía coger desprevenido al turista accidental, o incluso a los que ya habíamos disfrutado de sus siete pecados capitales tiempo atrás. Habían transcurrido muchos años desde la última vez, y debo confesar que encontré la ciudad más excesiva que nunca. Las Vegas es así, para bien o para mal, y solo te queda acostumbrarte o huir de allí a la carrera.

El taxista, un pakistaní con ganas de charla, me dejó en el 3600 de South Boulevard después de una carrera a toda velocidad por las principales calles de la ciudad más conocida del estado de Nevada. Para ser más exactos, en la misma puerta de entrada del fastuoso hotel Bellagio, uno de los sitios que siempre había querido visitar en esa juventud ya perdida.

El hotel era merecedor de todo lo que se escribía sobre él. Una ciudad en miniatura, con cuatro mil habitaciones y unas *suite* apropiadas para cualquier miembro de la realeza europea. Como anunciaban en su propia publicidad, eran alojamientos sin moderación alguna. Disponían de todos los lujos imaginables e incluso algún otro que se habían inventado ellos mismos. Te dejaba verdaderamente sin palabras, no se podía describir si uno no lo vivía, aunque fuera una única vez en la vida.

Mármol por todas partes, servicio de *SPA* y salón de belleza, decoración grandilocuente, trabajadores que se des-

vivían por atender a los huéspedes. Todo era a lo grande, al más puro estilo americano. Me sentía como una hormiguita en aquel decorado de película; posiblemente nunca más volviera a verme en una situación semejante, por lo que decidí disfrutarla al máximo.

El botones me acompañó a la *suite* asignada. Al entrar en la habitación tuve que morderme la lengua para no quedar mal delante del muchacho; me había quedado corto en mi apreciación inicial. Le di una generosa propina y cerré la puerta. No siento vergüenza por confesarlo. Me puse a saltar y a gritar, como un niño al que le han hecho un regalo fabuloso.

Descorrí las cortinas y pude contemplar la impresionante imagen de Las Vegas en todo su esplendor. Desde la altura distinguí todos aquellos elementos que han dado fama a la ciudad: su torre Eiffel, su pirámide de Gizeh y otros muchos detalles que alentaban sobre lo desmesurado de ese parque de atracciones gigante. Me serví una copa del minibar, dispuesto a relajarme antes de pensar en dormir. Desde luego que había merecido la pena escapar de Washington por unos días. Solo faltaba que las jornadas médicas estuvieran a la altura de lo esperado para redondear un fin de semana fantástico.

Unos minutos después me acosté en la inmensa cama King Size y encendí el televisor LCD con el que los gerentes del establecimiento agasajaban a sus huéspedes más distinguidos: cuarenta y dos pulgadas de sonido envolvente que tuve que silenciar antes de caer en un agradable sopor. Necesitaba descansar antes de meterme de lleno en la vorágine del congreso.

A la mañana siguiente, después de una ducha reparadora y un desayuno acorde con lo desmesurado del lugar, me dirigí sin más miramientos hacia el *hall* principal del hotel. Allí unas simpáticas señoritas ayudaban a los participantes del evento con las acreditaciones, la asistencia a las diferentes ponencias, los horarios de las jornadas y demás parafer-

nalía burocrática indispensable en cualquier congreso. No sospechaba la sorpresa que me iba a llevar a continuación.

Me encontraba firmando en el libro de participantes, después de colocarme en el pecho la consabida tarjeta con mi nombre y empresa, cuando creí escuchar una voz conocida. Unas risas apagadas, seguidas de un carraspeo, me hicieron darme la vuelta justo en el mismo momento en el que sentí unos golpecitos con el dedo en mi hombro izquierdo.

—Ya me había parecido que eras tú, Tommy —dijo una voz que me retrotrajo al pasado—. ¿Qué haces aquí, si puede saberse, maldito investigador de pacotilla?

—¿Cómo...? —pregunté desubicado—. ¿Quién eres...? —En ese momento el cerebro hizo clic y trajo a mi memoria la silueta, años atrás, de aquel desarrapado que había sido mi compañero de habitación en los años universitarios—. ¡No me lo puedo creer! ¡El mismísimo Nathan Daniels en persona!

—Efectivamente, amigo, aquí estoy. Llevo un montón de años sin saber de ti, tendremos que ponernos al día —aseguró Nathan con esa sonrisa tan fresca que yo recordaba, con la que desarmaba de igual modo a catedráticos o muchachas de buen ver.

Fue un momento increíble. De golpe regresaron a mi mente escenas prácticamente olvidadas, aparcadas en mi memoria durante larguísimos años. Nathan había sido una persona muy importante en mi vida durante esa época: compañero de estudios, amigo y confidente cuando venían mal dadas.

Nos dirigimos juntos a escuchar la bienvenida a los participantes en el congreso. Con una sonrisa idiota en mi rostro transcurrió una mañana en la que anduve más pendiente de mi nuevo compañero que de las diferentes ponencias que se sucedían sin cesar. No importaba, por fin un motivo para olvidarme de los sinsabores y disfrutar un poco de aquellos días.